

Un Estertor del Prejuicio Racial

por Sebastián Salazar Bondy

En los últimos tiempos ha habido un recrudecimiento del prejuicio racial. En Gran Bretaña, por ejemplo, los hombres de pensamiento y los periódicos han manifestado su sorpresa, su estupefacción, ante el brote antinegro que en el propio Londres ha tenido inesperada aparición. Contra los árabes, en París, se ha levantado una ola de odio, en tanto éstos, alentados por Nasser, han identificado la controversia política contra Israel con la inquina racista. El histerismo de Faubus, en los Estados Unidos, oponiéndose a la integración en las escuelas de Little Rock se ha tornado paroxísmico. Todavía ocupa al cable el caso del negro condenado a muerte en Alabama por un insignificante robo, expresión no de justicia sino de ferocidad realmente salvaje. Esta ola parece encrespase movida por fuerzas profundas. ¿Cuáles son ellas?

El prejuicio racial en sí procede del erróneo concepto de la superioridad de unas razas sobre otras, y Occidente ha hecho suyo por mucho tiempo un humano criterio, estimulado por su poder imperial, económico. Salido de su lecho continental, expandido hacia el resto del mundo, el hombre occidental ha sido señor del mundo, dominador de pueblos, a los cuales, para mantener sojuzgados, ha tenazmente condenado a la miseria. La miseria, bien lo sabemos, produce sumisión, mata en el ser humano todo espíritu autónomo y creador.

Por mucho tiempo, el colono ha acudido al colonizador como poseedor de un poder excepcional, expresión de una esencial superioridad, y ha acatado humildemente la mentira. Los negros del sur norteamericano, tal como los de Africa, y también tal como los pueblos amarillos del Asia y cobrizos de América, han concebido el orden social como inamovible, porque la imagen del mundo que les fue

impuesta y que acogieron, de grado o por la fuerza, transmitiéndola de generación en generación, era la de sus vencedores y dueños. Por más piadoso y humanitario que el blanco —el hombre occidental— fuese, en su profundidad tuvo siempre la conciencia arraigada de que era, sin disputa, la más perfecta de las criaturas humanas. Es decir, el rey de la creación. Y hasta la concepción de



Dios fue blanca. El color se constituyó así en símbolo de lo puro, lo limpio, lo virtuoso, lo bello, en tanto que lo negro o lo oscuro se consagraron como alegorías de lo sucio, lo impuro, lo feo, lo vicioso. Con razón Sartre, en un ensayo memorable, ha afirmado que "el judío es una invención del antisemita". El negro, el indio, el amarillo, en verdad, son creaciones del blanco, que significó con el tono y la calidad de su piel aquello digno de respeto y admiración.

Pero un día nació y comenzó a circular una tesis cuyos efectos vemos candentemente ahora. Era sencilla: todos los hombres son idénticos y todos, por ende, tienen los mismos derechos. En el fondo de esta ac-

titud, es evidente, había una razón cristiana, pero esta vez no se expresó la posición con un carácter religioso, sino ideológico, doctrinario, político. Fue entonces acción. Los pueblos coloniales recibieron de Occidente ese anticuerpo occidental. Paradójicamente, la salvación provino de sus virtuales enemigos, y contra los sostenedores de la idea racista se revolvería a la postre la propia idea. A fines del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, con diversa fortuna, ese nuevo concepto del hombre penetró en el alma del dominado y lo empujó a la revuelta, transformándolo de sumiso en rebelde. América fue la primera —las circunstancias especiales que rodeaban su existencia favorecieron la revolución— que destruyó el mito de la superioridad racial, y aunque en sus naciones sobreviven residuos a veces considerables del viejo régimen discriminatorio —Faubus en el norte, y nuestros aristócratas, falsos o verdaderos, que creen que el indio como raza es una rémora, por ejemplo—, el proceso culminó con la igualdad teórica.

Hoy ni africanos ni asiáticos quieren ser colonias, saben que se pueden bastar a sí mismos, quieren su autonomía y su libertad. Y están en pie en esa lucha: en Argelia, en Chipre, en la India, en Egipto, en Sudáfrica, en la Costa de Oro, etc.

Y si los gobiernos de Occidente, o de mentalidad occidental, comprenden que el "boomerang" ha dado la vuelta y ha golpeado la cabeza de quien lo lanzó, los pueblos de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, en general los pueblos blancos, se resisten a aceptar esta impostergable nivelación y quieren, conciente o inconcientemente, protestar contra ella. Es, tal vez, el estertor de un moribundo, el último respiro de una injusticia que va a desaparecer. Nada podrán los grandes y pequeños Faubus contra dicha verdad.

LP 6/9/58
P. 10
627